

**SILVIA EUGENIA CASTILLERO**

---

# Zooliloquios

*Historia*  
no natural

# **ZOOLILOQUIOS**

*Historia no natural*

Silvia Eugenia Castellero

<i>Seres de agua</i> .....	4
Sirenas .....	5
I.....	5
II .....	6
III.....	7
IV.....	8
V.....	9
VI.....	10
VII .....	11
VIII .....	12
<i>Seres de tierra</i> .....	13
Los sapos .....	14
La cebra .....	15
Astilla .....	16
Camaleón.....	17
El topo .....	18
El buitre .....	19
El mono .....	20
Diminuto anfibio.....	21
El gato.....	22
El casoar .....	23
La liebre.....	24
Ave del paraíso .....	25
Caracol.....	26
La Medusa .....	27
<i>Seres de fuego</i> .....	28
La migala.....	29
Ángeles .....	30
Entraña.....	31
Cocuyos .....	32
Grana .....	33
Madeja .....	34
Mantis religiosa .....	35
Falenas.....	36
El saltamontes.....	37
Escena de caza.....	38
Ladera norte.....	39
<i>Seres de viento</i> .....	40
Centaura.....	41
Centauro .....	42
El jeopardo.....	43
Basilisco .....	44
Arpías .....	45
Alebrije.....	46
Eurídice.....	47
La anfisbena.....	48
Unicornio.....	49
Sátiros.....	50
Quimera .....	51
Leviatán .....	52
El Golem.....	53
La mandrágora.....	54

Fénix.....	55
Minotauro .....	56

*para José Ignacio y José Eduardo, por su complicidad;  
para José María, por su permanencia.*

*Seres de agua*

## **Sirenas**

### **I**

Los hilos solares forman un ovillo en la piedra. La forma entre pliegues guarda un cuerpo endurecido: luz dolorida que empieza a mancharse de brillos como una flor abriéndose. Las pizcas de sal reaniman su azarosa hechura. Grano por grano vibra al contacto del agua. El primer indicio las uñas, que se aferran a la roca; y el mar con su furor la llena de escamas.

## II

Al fondo, tersa, una mujer brota del vino, luz pálida en la copa. Su errancia de siglos  
regresa en la marea de la noche. En cada sorbo el paladar tiene memoria: traslucen sus ojos  
y penetra su olor a incienso. Bajo el licor es un ídolo. La mujer canta y dibuja arandelas en  
el interior de las copas, con el impulso de un torrente, como si viniera de alta mar.



### III

Entre dos gajos de la noche  
agoniza la sirena.  
Al arrastrarse  
agua tersa va muriendo.  
Retrocede hasta donde cierra la calle  
para olvidar sus ojos  
sobre una piedra.  
Con botellas vacías circunda su lecho;  
todo allí está roto.  
Entre soplos arenosos  
y polvo que se clava  
se desvanece  
abierta a la noche y ciega.

## IV

Un remolino de agua  
reúne a las sirenas.  
Sumergidas  
se deslíen como animales anteriores a la creación.  
Una gruñe antes de precipitarse al fondo.  
Otra pega sus labios de alquitrán al piso.  
La de nariz de flecha  
convierte el mar en llanura;  
sobre algas salitreras  
quiere fecundarse a sí misma.  
En el desierto sus cuerpos azules  
reciben la furia de la luz,  
arden con lentitud sigilosa.  
El agua se vuelve saliva en el espacio contrahecho  
y las sirenas orugas blancas.  
Quieren parir fuego pero su sexo calcinado  
es un aullido.  
Volverán sin rostro a la arena  
como semillas siniestras,  
cantándole a Baco con una voz arrancada  
o modulando sonidos de estatuas.  
Son máscaras danzantes atravesadas por alfileres.  
Quieren que alguien las apriete,  
caracolas retorcidas mueven sus colas verdinegras.

## V

Pasado el tiempo la flama de la veladora se hizo amarilla y el vidrio donde estaba la imagen se iluminó de luz tenue. Y empezó a curvarse, repentinamente flexible: una nueva forma surgía. La naciente fuerza hizo del cristal filamentos, casi de seda; gusanos buscando hacer sus capullos. A la altura de los pezones la luz los transformó en peces hambrientos. Un mar brotaba de esa pequeña explosión del viento y de la vela. Había espuma, surcos como de ola, partes rugosas y corales adheridos a la orilla. En la fotografía se adivinaba una textura de escamas sobre la piel joven. Ella permaneció desnuda tras el cristal de la ventana. Su rostro olvidado en la sombra, su cuerpo de agua y aire delineado por el sol.

## VI

Busco mi sombra en las columnas del templo  
y encuentro un harapo.  
Voy río abajo para escuchar mi voz  
y no hay cauce ni agua.  
Meto un dedo a mis entrañas  
y una serpiente muerde.  
Hurgo en los costados de mi piel  
y salen al trote caballos ciegos.  
Si por fin abro una puerta sólo me esperan  
manos, camas y lanzas.

Despoblaron mi cuerpo.  
No le quedan muros  
ni puentes,  
tendido bajo la luna  
en un alambre de púas.  
Debo soñar que está en un saco de semillas,  
y que retoña.

## VII

Estoy sitiada por el agua. Sus corrientes imprimen en mis piernas remolinos de oleaje. Un vaivén de algas se traga mis manos, siento hilvanarse a mi cuerpo peces de marea alta, y todo el océano invade este instante, con su textura de vulvas que se abren, su conmoción de jaramugos nadando y los caminos de cuarzos chispeantes. Veo los ojos desorbitados de los peces mutantes, la flora en silencio parece desmembrarse en harapos, hincharse en su muerte. Los erizos negros, de un negro lustroso, parecen más punzantes a mi lado.

Sólo un instante, cerrado sobre sí mismo, trae a mi cuerpo este galope de agua.

## VIII

María Celeste, el mascarón de proa de Neruda, se volvió morena para siempre. La vi navegar por el Sena, tajar el río con su sonrisa y parpadear cada vez que el sol salía, hasta que de sus ojos de encina brotaba una lágrima. Dicen que en América sigue llorando en los inviernos, tal vez recuerda las luces lánguidas perdidas en las calles neblinosas de la ciudad, o el viento frío abalanzado sobre su rostro, el suyo, moreno para siempre por tributo al sol escaso del río Sena. Tal vez quiere volver a rodear el corazón tan natural y grande pero escondido de la isla, muy a proa, con sus bellas vestiduras; y desprenderse de la barca al llegar a la orilla, para cantar esos secretos de la arena y las corrientes, del hondo cristal que es el río en su fondo. María Celeste se llevó en sus ojos el balanceo de los sauces sobre la piel del agua, goces opacos sólo a su paso brillantes, inscritos en las cuencas de madera como dos luciérnagas.

*Seres de tierra*

## **Los sapos**

Antes estelas verdeando sobre agua, cada uno a su turno salía boquiabierto para luego internarse en lo profundo. Ahora sacan la cabeza, no vuelven a hundir sus alargados cuerpos. Del espesor del río ninguno zigzaguea para vencer corrientes ya cálidas o heladas. Se abandonan al movimiento quebradizo que los orilla como piedras reblandecidas. Corroídos sus miembros al contacto del sol, la lluvia los arrastra. Las charcas quedan habitadas por estos injuriosos que enturbian las aguas, estos mezquinos sacos de avaro.



## La cebra

*"La gente empezó a cruzar la calle  
pisando las franjas blancas pintadas en la capa  
negra del asfalto, nada hay que se parezca  
menos a la cebra, pero así llaman a este paso."*

José Saramago (*Ensayo sobre la ceguera*)

Al irse, él se hundió en el humo negro de resina ardiente. Atravesó franjas, pequeños abismos donde su paso parecía esfumarse. Una vez que comenzó a cruzar la avenida, Silenia lo vio desde el borde, sobre las franjas negras, alargar vertical su cuello, en una línea mínima e interminable, y someterlo al propio cuerpo, horizontal ahora, para borrarse ante la corriente de las franjas blancas: acumulada como una ola que se estrella en una roca y cede sus formas a la luz.

El claroscuro de la cebra se sucedía en un hilo de nada. Pocas horas más tarde, la duermevela quiso volverla inofensiva, de un gris de asno. Entonces era sólo una pasarela curva por la que desfilaban rápidas, zapatillas de charol negro y tacón fino. O una charca por la que botas de ante se abrían paso. Lo cierto es que de la cebra desaparecieron sus fauces de espectro y su geometría peligrosa de negros y blancos, rayando ruidosamente la lejanía.

Pero cuando la cebra quedó sola, y los rayos del sol callaron sobre el polvo rojizo de la calle, la sombra se alargó desmesuradamente hasta dibujar un sueño en Silenia: unir la ciudad y traer el mar a los lados.

## **Astilla**

Una flecha, tanto sol, tanta munición de rayos. Cada punta pica, picotea, crepitante agrieta el agua. La corriente contrae, tuerce, astilla al fondo. Las hendiduras son pájaros solferinos de graznido ronco. Petirrojos en las hojas, leves, minúsculos resbalan con variaciones del bermejo al rubicundo, henchidos de zumo hasta brillar ciruela o durazno. Más allá un árbol encallado se petrifica en ocres.

## Camaleón

a Flavio

Siempre que el aire huele distinto y se aloja un olor a diluvio, un buque varado aparece entre las ramas. Cuando lo atrapo, se vuelve piel viva a orillas de la sombra, entre la noche y las líneas de mi mano. Y una vela esforzada en rehacer su imagen. Todo lo muda el amarillo, al amanecer manchas tenues llenas de viento semejan olivos en su lomo. Bajo el sol es verde, y a la distancia lucen de esmeralda sus escamas. En vilo por la tarde hago construcciones con los colores de su estela. Entre tallos, junto al gualda de las espigas, destaca en azul. Enmiendo la obstinación de verle; la noche recomienza. El cielo, un tablero índigo y azafrán, continúa en la sensación de palpar sus estrías. Hay una atmósfera inconclusa: palpitación de dragón agazapada en una esquina de la oscuridad. Pero el día regresa atrevido en delgadas fisuras o labios. Rojos húmedos cubren de corales la pared. Algunos rígidos como ortigas, los frágiles esponjan el aire hasta volverlo color de contramarea violeta. Ahora se transforma en púrpura, sopla a mis ojos cerrados que se descubren ante ráfagas añilnaranja. Nuevo prodigio el hueco de su lengua con una flama dentro.

En realidad, permanece del otro lado del muro blanco, sobre un árbol en la espesura. Bajo la lluvia, la luz lo deshoja hasta que un iris cuelga del follaje.

## El topo

a G.

*"-¿La ilusión? Eso cuesta caro."  
Juan Rulfo (Pedro Páramo)*

En la ilusión comenzó la decadencia. A hora temprana salimos del nido, había que morder la cola de mi hermano, quien a su vez sujetaba con su hocico la cola de alguien de nosotros y así sucesivamente los ocho, hasta llegar a mi madre. Entonces algo fulminante me hirió la mirada: por uno de los túneles penetró un rayo de luz.

Todos continuaron en fila durante la primera travesía fuera del hogar. Yo, que iba el último, quedé perplejo ante la claridad. La seguí, aunque era doloroso y prohibido apartarse del resto. Fue así como salí de las tinieblas a descubrir la intemperie.

Sentí primero sobre mi cuerpo la destemplanza del tiempo y el aire me increpaba inclemente. Después, el haz de colores que fui siguiendo, un azul con filamentos dorados y a veces púrpuras, llegaba tan lejos (casi hasta las arenas marinas), y luego en óvalos estrechaba con ternura mis pequeños ojos asustados.

No obstante, ese pasillo cálido con rumbo al corazón, se esfumó de golpe. Y quedé sobre una estepa interminable.

Demasiado tarde para regresar a mi noche perpetua, al cobijo de mi propia mirada. Encaré el fulgor, el vértigo azul, y ahora no era yo -como mi condición natural me lo pedía- quien huía de la luz. Fue ella la que desapareció de mis ojos embrionarios.

Fallidos los intentos por cavar, rodeado de la eternidad del día y su iluminación mediocre, mi corazón estalló de tanto latir en vano.

Al cabo de las horas, alguien me depositó en el subterráneo. Pero no puedo andar: desde que llegué me integro en fragmentos a la tierra.

## **El buitre**

Está enjuto y comprimido, calvo de tanto encierro. Todavía conserva su capa negra bordeada de armiño y su mirar penetrante, pero la vejez se advierte en su piel, plegada en sí misma sin poder ceñir el gran volumen de antes. En su celda hay unos cuantos troncos que simulan un banco; ahí trepa y permanece con su espinazo cada vez más doblado. Aún percibe las corrientes de aire, despliega sus alas y vuela como lo hacía en tiempo de hazañas, cuando se abandonaba a las columnas de viento cálido agitadas entre las rocas, hasta ascender muy alto en espiral. Pronto estrella su cuerpo desplumado contra los barrotes y el ímpetu cesa. Los guardias acuden a causa del ruido, él retrocede, se finge minúsculo y esconde su corvo y filoso pico. Se ha vuelto temeroso, lento y opaco en sus furores. Desde su captura le suspendieron la carne para volverlo prudente, su palidez de vegetariano le da aspecto débil, parece un cuervo melancólico perchado de un árbol seco.

## **El mono**

El mono en el árbol  
prisionero  
entre el negro y el ocre.  
El mono nace  
enrejado por líneas.  
Del mismo color del árbol  
seco nace.

Un solo rasgo lo distingue:  
su mandíbula de hombre,  
su grito más grande que  
todo su alrededor.

## Diminuto anfibio

cubran las ventanas con alcándaras que no entre      *llegó con el delirio*      limpien  
la yedra de los muros      *apareció en una retama sobre un charco de luz*      dejen caer  
los manzanos al pozo envenenados      *fue pez vivo en un mar de arena*      huyamos  
del nido del tiempo      *vino a hacer capullos*      tapien con hierro la casa para  
que su brillo no penetre      *parecía un ave blanca inflamada*      desvíen el curso del  
agua      *floreció en el piracanto*      corten los lirios desfallezcan los sauces de  
sequía      *llegó como esmeralda en un río de piedras*      ni un borde ni orillas ni  
remolinos dejen pasar su presencia de batracio

*pero su cauda imprecisa venció los resquicios se adhirió a los vados simulando ser una  
sombra absorbió nuestro sudor con su aliento ríspido prendió las luminarias del umbral  
sacó de los estantes brebajes ocultos hizo brotar vapores de los patios hondos y los  
recuerdos como plaga prendieron la casa cerrada*

mecido por las flamas el tiempo      diminuto anfibio      descuelga lianas cava fosos  
regurgita: poseída de una agitación furiosa su piel fría garabatea dentro

## **El gato**

La ciudad me expulsa con su textura de hojalata, subo las escaleras de un edificio cálido para llegar a mi departamento. Antes de encender la luz dos fulgores agazapados y punzantes brillan en la oscuridad, me amenazan con su mirada amarilla, me acusan. Todo el espacio se llena de maullidos, su olor a encerrado se me atora en la garganta, áspero. En su pelo gris parecen resonar los muros estrechos de la casa, entre crujidos las sombras reproducen la imagen ahora más gris del gato, y a un tiempo miles de gatos me rodean. En cada habitación no veo más que garras, al entrar me arañan, antes de defenderme desaparecen dejando polvo aglomerado en nubes, hasta impedirme la visión. No puedo pasar.

A veces creo que no está, pero su silencio, al cabo de raspase contra el aire hueco, expande su presencia. Y no importa en qué armario me esconda o con cuál rapidez me encierre en mi alcoba: allí siempre el gato, como una sentencia impostergable.



## El casoar

*"el río de fuego lo envuelve y el casoar,  
con todas las plumas ardiendo, avanza  
sus últimos pasos mientras prorrumpe  
en un chillido abominable."*

Julio Cortázar

El casoar escapó y se agazapó en ella. Anduvo algunos meses pintando de escarlata sus rincones; a menudo jugaba a vencer el destino, encajaba su azul prodigioso hasta llevarla al éxtasis.

Silenia despertaba inquieta por esos sueños absurdos. Cada vez fue esperando con más ansia la noche para cruzar la ciudad en ascenso hacia algo que brilla en la cúspide.

Una madrugada el casoar la condujo. En la completa desnudez, las calles son muros traspuestos, pálpito que vibra. El oleaje de la ciudad vuelve y retrocede como torbellino de siluetas con su ojo abierto. Un sonido de viola penetra, muerde, habita el vacío de voces dilatadas y manos juntas.

El tacto poblaba el abismo, el temblor tesaba el ansia. Y al momento de poseer el color total, el casoar se deshojó. Dicen que su existencia tiene una doble condición: encarnar la desgracia y ser efímera.

## La liebre

El sol de medianoche era más grande que el puente, sus rojos casi llama casi sangre desbordaban las aguas. En ese momento -a medio puente, el atardecer- surgió del sol una luna giratoria dispersando agua como espinas. El ir y venir del agua dejó ver la liebre: en su cuerpo de esponja el tiempo se fragua, recinto que absorbe del mundo las primeras visiones arrinconadas como pelusas; y los huecos en donde quedaron los espejismos no cumplidos y las imágenes de ayer, desenrolladas en las cavidades internas de la liebre. Dios la creó en el fuego, pero después la enfrió, la dotó de serenidad para que moliera en un mortero los días y sus fulgores, las noches y sus sombras; y elaborara con ellos paisajes para el mañana. Allí giran las formas con su principio y su final. La luna liebre lima linderos del ayer y del hoy y los tritura, lento el ayer se esconde pero el hoy lo busca ágil. Sobre el cielo nace un tapiz con siluetas libres. En el puente sin luna, palmo a palmo se ramifican los instantes.

## **Ave del paraíso**

En vuelo perpetuo  
-gota de rocío  
o simple hálito-  
cruza sin alas el cielo  
inerte cree adherirse  
a las ramas del paraíso  
volverse pájaro de Dios,  
ese pez de las tinieblas.

## **Caracol**

De fiebre sobre los pechos, el deseo escurre; rumor de espuma en los poros, la piel se vuelve bramar marino de caracol. Espera la tarde, las calles se alejan en la luz. Sitiados por una eternidad de arena en la escalera, nuestros cuerpos comienzan a curvarse al borde del abrazo. Somos sombras sin color, contorsión perdida en el océano: un remolino obstinado en girar sin fin. En la ciudad que rueda sus aspas de molusco, contrastan como imposibles anémonas amantes, el resplandor de piernas y brazos.

Porque partimos al acabar el sueño, el caracol desaparece.

## **La Medusa**

En la playa, sobre la arena veteada, la medusa. En su concavidad arde, íntimo, un punto de luz; es el oleaje aún, mar fino en un prisma. Pero al secarse, la medusa se muda en carámbano de luna. Sin escamas ni plumas, enrosca los cabellos; unos le paralizan el cuerpo, otros claman contra el cielo, como alas, un grito.

*Seres de fuego*

## **La migala**

Cosa curiosa este pequeño hastío, durante el insomnio se instaló en la casa. Como una migala tibia es su marcha; se oye sobre la tábula rasa de la noche escarbar y destejer su sombra vaga. Pareciera que desmenuza los objetos. Si espías detrás de la puerta miras cómo succiona de ellos la mísera vida. Después se aquieta.

De día semeja una flor, negra magnolia abandonada. Si te acercas y le tocas un pétalo, crece descomunal. Puedes voltear el cenicero y encerrarla: puño cortado la migala.

Cuando la crees vencida se aproxima, percibes sus vellos junto a tu cuerpo, su boca sedosa cerca de tu vientre. De gorgoteos inunda la casa, de un corazón rechupado que sale en fragmentos; nudoso como tedio tejido a las paredes. No la ves, sientes sus ventosas, sus parejas de patas sobre el muro. La exhalación muda encaja tan hondo que nunca más vuelve la migala.

La buscas por el reverso de la alfombra, entre los retratos y las cajas; esperas de noche mirar sus ojos, anhelas en la cama un sudor. Sólo oyes crujir el dintel, una especie de pulso que se acerca.

## Ángeles

De ángeles se pobló el mundo, pero siniestros. Hay en ellos un gesto oscuro de egoísmo. Cuando comemos nos vigilan y a la menor distracción se apoderan del plato. Los domingos se dedican a cantar en coro para tranquilizar nuestras almas, aunque aquello se convierte más bien en un zumbido ensordecedor que nos enloquece. Sus ojos no translucen esperanza. Hechos de innumerables ojos parecen panales infectos. Y lo peor, cuando estamos emocionados con una historia frente a la pantalla o en un libro, se interpone su manera de mirar hacia todas direcciones y erradican el goce de la ilusión. Nos niegan la continuidad de los sueños. Además, son ángeles lujuriosos: al comenzar la primavera revolotean incesantemente dentro de los hogares unos encima de otros, y no se despegan sino al cabo de varias horas. Imposible huir de su acoso o exterminarlos, son tan potentes que ven la luz polarizada y los rayos ultravioleta; saben medir la temperatura, la humedad y hasta la velocidad del viento. El oráculo decía que vendría el cielo y con él los ángeles, pero por obra de un maleficio, en lugar de ángeles, llegaron las moscas.



## **Entraña**

Otra vez el umbral gastado por tantas esperas, la noche descolgada más cerca; oblonga y ambigua balbucea sustancias hasta volverse negra. Tajante cae, nada ondula, todo son cajones acechando, la sospecha de ella detrás de una pelusa espesa. La casa, un tumor de hilos anudados y, al encender la luz, algo se aparta en fuga ciega, loca carrera por las paredes amarillo viejo para ocultarse en andadores invisibles bajo la parda alfombra. Cuando regresa es todavía huraña, cubiertos sus ojos de lágrimas largas como baba; a veces un ovillo deshilado, otras una bola replegada en su propio sopor. Obstinadamente horada un túnel que deja sabor a pozo seco y ya nada se detiene.

## **Cocuyos**

Los habitantes de la tierra que se fue quedando baldía notaron de pronto la fuga de formas equívocas. Salían del río seco. Partían igual que todos en el pueblo, aunque ellas iban en grupo. Una tarde de verano, muchos años atrás, llegaron para asentarse en el brazo fangoso del río, húmedo entonces gracias a las lluvias. Cuando también la lluvia se ausentó, las formas dejaron de parecer insectos acuáticos e inapresables, y aprendieron a volar para sobrevivir a la sequía. Y hasta el aire se pudrió, se hizo hueco, desde que los zopilotes se negaron a comer la carroña de los animales muertos que la gente había abandonado al irse. Pero como todavía brillaba el sol a diario, las formas se llenaron de luz y huyeron una noche sin luna, aparentando ser polvo de estrellas.

## **Grana**

Me ordenaron bosquejar la vida  
y compendiar su historia.  
Pintarle muros carmesí;  
pero la historia está hecha  
de tropiezos iguales.  
Y yo me he vuelto un loco  
sentenciado a muerte.

## Madeja

Desde mi núcleo tenso trazo un itinerario circular, un mismo resonar de madeja apretada a mi abdomen. De bóvedas minúsculas formo el espacio, canales por donde proyecto mi ciudad hasta volver al centro. Aquí duermo, luego me desperezo y continúo. La línea curva columpia las plazas. Me paseo en ellas, fugitiva del aire y el agua. Mi camino es suave, pero siempre llega a encrucijadas rígidas que devuelven mis pasos. De noche siento encenderse los rincones. Busco animales que mordisqueen su contorno, un bulto que se transforme veloz.

Nada sé. Un ritmo escucho, su ir y volver se acumula; insidioso, modela voces que resuenan en mi pecho como rezos hormigueando en la garganta, hasta sofocarme en un letargo. Sótano cuarteado donde sillones, camas, armarios, mis pertenencias todas amontonadas de una extraña manera, resumen mi anterior y errante existencia. La casa está deshabitada; agrieto la tierra, desentierro raíces y las devoro.

Algunas tardes la ciudad se abre y camino a la intemperie. En la claridad las nubes reverberan miradas. De horizontes breves y huellas, una ráfaga ha desgarrado mi piel. Descubro la abertura donde el abrigo cesa de ceñirme. De raso negro, bordado de vello, me lo quito. Desenredo su hilar de conductos a mi alrededor, ataduras que hoy son nudos de lodo seco.

## **Mantis religiosa**

Acabo de morir. Ella sigue rezando. Los arrayanes se secan frente a mis ojos secos. Puedo aún recordar -antes de ser devorado del todo- cuando la vi por primera vez sobre el árbol, su cara puntiaguda que giraba en cualquier dirección, y sus ojos bulbosos y penetrantes. Era tan sobria, de apariencia pajiza, como hoja erizada por el viento. Mi deseo se acrecentó después de verla propagar el terror. Al acercarse un intruso, levantó ella sus élitros, abanicó las alas al tiempo que agitaba su abdomen, produciendo un sonido de guerra. Luego, sostenida por las patas posteriores, mostró sobre su vientre dos ojos combativos, blancos rodeados de negro.

Llegué a su lado. Al percibirme, sus alas se volvieron de un verde encendido. Sentí su deseo. Gozamos hasta el frenesí, hasta el momento en que de sus brazos tersos brotaron púas, y convertidos en cuchillos filosos, me decapitaron.

Ahora soy alimento indispensable para que la diosa continúe por la selva en actitud espectral. Angulosa como una esfinge.

## **Falenas**

Aflora el azul, gira la falda. Los ojos corsarios se acercan y a medio mar la diosa danza. Su cintura desprende falenas que toman forma de palomas alocadas en las olas. Nada sólido en torno a ella, esta prenda filiforme, pequeña falda propagadora. A media acera una mujer se apropia el viento y lo frota. Vienen los hombres, serpientes de arcilla, a mirarla crecer. En pleno mar la figura es estela, fantasma de los navíos.

## **El saltamontes**

En el verde selvático del primer día del mundo, apareció el saltamontes de un verde corrosivo, mutación de la hierba. Hoja que arde entre las hojas. Sobreviviente de oscuros reinos, nacido de la tierra misma, vino a averiguar el estado del cosmos en formación. Vive discreto bajo el follaje de su cuerpo, con nervaduras que lo atraviesan y una nostalgia genética de su ser vegetal. En su evocación canta de noche, lleva el borde de sus alas carcomido por insectos imaginarios y en la superficie tatuajes de humedad.

Así disfrazado, el saltamontes avanza lento detrás de los tallos, para no olvidar su pasado y memorizar lo nuevo que va mirando.

## **Escena de caza**

Esa costumbre de sentarse frente a la ventana por la tarde, justo a la hora del ocaso, es para Silenia llegar al límite del mundo. Allí aguarda el combate, la escena de caza o posesión donde atrapa entre sus brazos al amado y lo bebe, rendido bajo ella. Durante la espera teje el suelo con su propia humedad, acomoda sus miembros, traza los espacios. El lecho queda convertido en calles interiores, plazas y balcones floreado sobre la avenida: una ciudad desmesurada en cuyo centro aguarda la dama. Después se aquieta y mira el temblor de las sombras que el tatuaje de su cuerpo proyecta.

Nadie, sólo el viento color otoño. Del cielo se precipitan las hojas, monstruos tensos; es difícil caminar entre sus huesos verdinegros. Unas huelen a tarde, otras a especia derramada. Así invaden los sueños de Silenia: destejen aceras mojadas por la lluvia tenue, vericuetos para ocultar; clausuran cavidades, apagan sótanos. Al caer la noche todo parece derruido. Más cotidiana que nunca Silenia continúa el rito: cambia y huye de piel. Su antiguo cuerpo queda reducido a una estrella opaca de ocho puntas.



## Ladera norte

Vivo en esta gruta, solitario, lejos de la luz. He perdido la cuenta de los años que llevo entre sudor, vellos y piel. Habito la ladera norte, la menos accidentada y donde escucho cerca la corriente de algún río subterráneo, así me siento acompañado por su ritmo constante y no me expongo a perderme.

Mi primera morada fue en la parte más escondida de la galería, allí no entraba ni un suspiro, el terreno escarpado me hacía sentir a salvo. Pero un día llegó un viento huracanado, y con él los ecos de algún habitante extraño, su voz me perseguía. Nunca pude verlo, sólo oía su risa irónica acercarse. Enfermé de delirio, la fiebre me hizo obedecer a impulsos secretos y entregarme al intruso hasta doblegarme a sus deseos. El silencio me volvió a la salud y quedé a orillas de sus voces como un náufrago. Entonces huí y no he vuelto.

Me instalé después en la parte más ordenada de la gruta, donde reina la planicie. Tranquilamente pasé ahí mi convalecencia, hasta que una tarde de ocio decidí explorar los alrededores, me topé con algo de estructura indescifrable, tal vez una costra o una cicatriz. Dedicué mis días y mis noches a comprender su forma, cuyos límites no pude encontrar. En su interior percibía un tacto que apaciguaba mis ansias, y una rotunda presencia. Durante semanas y semanas perseguí esa paz que al cabo de jornadas extenuantes se escapaba. Y de golpe, una vez al volver, el extraño paradero había desaparecido. Despavorido, frente al enigma de aquella indefinible ausencia, busqué otro sitio.

Entonces llegué a la ladera norte, desde donde escribo estas memorias para dejar constancia de mis extravíos por el mundo. Aquí el río es como una luz que me guía; aún cuando no puedo acceder hasta su cauce y beber de sus aguas, su transcurrir me orienta como si viera nacer y ponerse el sol. Su roce por debajo de la superficie que habito le da alegría a este lugar, aunque sin romper completamente mi hastío interminable. A veces un calor tenue me abraza y me acompaña por instantes. En otras ocasiones, veo desprenderse de la piel en la que vivo sonrisas tan cercanas, que casi siento unos labios besarme. Los poseo entre sueños y enseguida desaparecen.

En realidad este sitio está cada vez más abandonado, hay un ambiente anómalo que parece vaticinar la llegada del día en que el ardiente sol, como un enorme lagarto, devastará el territorio. Dicen que vendrá como incipiente humedad para convertirse enseguida en arroyos de lumbre.

Moriré, si no alcanzo a saltar a otro pubis.

*Seres de viento*

## **Centaura**

*(homenaje a Camille Claudel)*

Cabalgué los siglos necesarios para llegar al otro extremo de la planicie. Fue noche de fulgores: como sangre se deslizaron por las venas. El tiempo era rectangular, y quise agotarlo; pero no había extremo en esa tierra milenaria, no hubo más que galope y un desenfrenado deseo por recorrerlo todo. En la llanura me acoplé al macho, mi torso giraba sobre él, mi talle tan ágil quería ser ala. El corcel, con sus músculos crispados, resistió para que yo no avanzara, y la tierra junta cedió al hundimiento de sus patas. Sentí capas y capas de arcilla que me cegaron a mitad del mundo. Entonces fui retoño entre la piedra.

## **Centauro**

Se quiebra el ánfora y saltan desiguales  
el torso alargado de un jinete y un potro de cuerpo encabritado.  
Remolino convulso parece la bestia: el hombre escapa en sombra negra y ámbar,  
el caballo toma el camino salvaje con las pezuñas en tropel.  
Una luz risueña, sin pudores, se arquea voluptuosa sobre el derrumbe del centauro.

## El jeopardo

a Gerardo Deniz

La noche baja su cortinaje, residuos de luz se resguardan entre las arrugas de mi frente y los huesos que sobrepasan mi delgada figura. La luz reviste a las cosas de formas indecisas; un vapor salado asciende, el agua se aproxima para caer en las calles. Doblo mis cuatro patas sobre la banqueta y mi cuerpo es una hilera de rocas al borde del río. Bajo mi vientre la luna hierve, llaga. Como un moribundo de orejas erguidas, lanzo mi última mirada al cielo y bramo con ojos plenos de fuego. Cada barra de la alcantarilla es hierro fundido, una a una ciñen mi carne. Presa de un enrejado lustroso entigrezco; las rayas vuelven arisca la piel, el viento eriza mi pelo. Hinchido, mi nuevo oficio es ser insumiso, pariente lejano del que fui. Goloso devoro las llanuras de asfalto, merodeo fuera de las casas, miro y no me detengo en las ventanas. Dentro, un misterio inexpresivo, rasgo de anaqueles cerrados, deja penetrar mis ojos de oro que arden con su terrible luz hasta posarse en lo insondable. Ahora sé que no hay nada de extraño. Indócil, invalido la posesión humana del orden. *Soy un jeopardo de sonrisa maligna, único félido feo que conoce como pocos los códigos odiosos de los armarios cubiertos de polvo. De ellos extraigo hieles, trucos y saña; desde aquí marchó cauteloso por el canto de las puertas abiertas.*

## **Basilisco**

Al amanecer espejea para repeler la claridad sobre lo que fuera el río. Sinuoso e incapaz de detenerse, refleja en ruinas al sol. Si algún desprevenido se aproxima a su fluido, muere al instante. De noche corre por las tuberías de piso en piso resbalando en los caños, emite un silbido de cuchillo y provoca convulsiones en quien aún está despierto. O arroja saetas con su mirada para envenenar las entrañas de la víctima, y convertirla en piedra. Dicen que mata a los insomnes que no encienden la luz, a los sonámbulos de ojos abiertos.

Vivimos confinados al interior de nuestra morada. Sin poder salir, recibimos la peste como un castigo divino, en espera del fin de este silencio en que el mundo parece vacío. Una vez que llega la noche, reina el terror. Lo único cierto es la presencia ilimitada del basilisco insinuándose, proyectándose en cualquier rincón.

## Arpías

*(homenaje a Louise Nevelson)*

Conocí a las mujeres-pájaro la noche sin estrellas en que a mi cuerpo laso le faltó el corazón. Llegaron agitando el aire hembras de gestos graves, alas pesadas y cuello y rostro humanos, con plumas en los vientres. Mis venas temblaron al oír el griterío.

De súbito, escarbaron con sus garras mi piel y me sacaron los ojos. Querían escudriñar en su pasado: fueron mujeres a las que ensordeció su belleza. Furiosas y envenenadas quedaron atrapadas en el vértigo de mis ojos vacíos.

En esos abismos las sombras forman árboles malsanos, y una ciudad doliente son los fragmentos descoyuntados de lo que alguna vez fue la luz. Luchan por no hundirse en la consistencia pantanosa de los humores del ojo. Los quebrantos se notan en su rostro envejecido. Y su plumaje, sin brillo, parece una capa que arrastra.

## **Alebrije**

Cuando torrentes y truenos anunciaron la hora última, el pequeño dios fue incapaz de oír y de hablar. Su pujanza en la ciudad cubierta no sobrevivió a la espada del Supremo, que afilada separó los reinos tibios de los cálidos. Ni arder ni volar pudo el dios. Todos huyeron.

El Pasaje donde los rincones abrían el espacio y las manos palpaban la luz, permanece sitiado entre dos calles. El rumor de multitud continúa fuera. Dentro: buhardillas cerradas, apagado el resplandor de vitrinas que antes mostraban sus riquezas a ojos maravillados. La ciudad sin esquinas, con guirnaldas fermentando en el estuco y cuyo cielo florecía entre lámparas, se arrebujaba en su abandono. Se repliega como pergamino. De luto el cielo. Las estrellas son higos que caen. Escalinatas, teatros, la muchedumbre, subsisten desfigurados entre corredores vacíos.

El Pasaje quedó convertido en guarida de la bestia impura, alado corcel de crines azules y cuerpo diminuto, garras filosas; dientes de león, pechos con escamas y cola de lagarto. Tallado en madera, aún rezuma fulgores morados, verdes, amarillos, rojos. Desde allí, solo en el escaparate, sigue velando el imperio.



## **Eurídice**

De cara pintarrajeada, los edificios saltan sobre sus pupilas hurgando álamos negros. Le traen un mirar de trebejos y corredores donde el aire es una sombra dividida. Lloro a solas la hora violeta del alba. En sus cabellos despiertan finas arañas, al andar levantan costras de mugre en la frente. Sobre el asfalto, el sol la ablanda como larva y el tizne de su boca se desliza hacia el cuello. La ágil gigante que escalaba de dos en dos los peldaños, vive desmayada en una acera. Encina de gestos cercenados y dentro una luciérnaga. Diosa caduca, pisoteada por algún ejército enemigo. Las horas le arremolinan desperdicios. Bucea en ellos, sirena gris de ancas nerviosas. De pronto abre las manos para mendigar una pausa a tanta espera, suelta gritos al viento. Uno a uno sus miembros se despeñan sobre su propio cuerpo. Lame los restos, hunde la cabeza entre los huecos.

## La anfisbena

*“...estas serpientes nacen de la putrefacción del tuétano que hay en el espinazo de cadáveres humanos...”*

Antonio Gamoneda (*Libro de los venenos*)

El viento caluroso del sur despierta mis recuerdos de indigente, ese olor a jardín devastado y a desecho. Peor aún, me trae los incidentes de mi infancia; cuando una explosión se tragó la ciudad y vi surgir, de una mujer que había muerto a mi lado, una serpiente de dos cabezas. La anfisbena corría y recorría el cuerpo inerte, del que todavía se nutría, primero con su cabeza delantera, luminosa, y enseguida con la obtusa cabeza trasera.

Después se deslizó a encajar sus colmillos en las personas que entreveraban la vida con la muerte; excepto en los niños, a quienes nos alimentó con dulzura hasta que fuimos rescatados entre los escombros.

## **Unicornio**

*a Véronique Vaster*

Dilatado, crecido, del espesor del planeta, un cristal luminoso o su propio envés: las figuras ambiguas del trote de la luz en tus manos. Eras la virgen que regresaba del pasado con el unicornio vuelto reflejos. Contra el atardecer, en un rellano de la casa antigua, el unicornio avanzaba con su asta, se volvía enredadera y contorno, pabito y fiebre. Y llenó de claroscuros el vitral cóncavo, tembloroso en tus manos.

## **Sátiros**

En el balcón desdibujado oyes quejas y estallidos. Es el vendaval que aboceta los árboles sobre el cielo. Abajo en el erial yace la rama dorada -quebrantada- en llamas todavía. Arriba los sátiros hirvientes buscan la piel de donde fueron expulsados, un bosque de rosas amatista, a cuyo centro umbrío deslizaron cuerpos para extasiar el suelo espeso. En su delirio sajaron una rama, de inmediato la floresta se desgarró en tiras y ellos volvieron a ser animales flechados de pezuñas furiosas. De las rosas subsisten venas oscuras, la textura incierta del balcón sin cerrar.

## Quimera

*"El microscopio de la fantasía descubre criaturas distintas a las de la ciencia pero no menos reales; aunque esas visiones son nuestras, también son de un tercero: alguien las mira (¿se mira?) a través de nuestra mirada."*

Octavio Paz (El Mono Gramático)

Los rayos luminosos penetran el verde marchito del ojo, cenote muerto. Pero húmedo aún el humor, permite a la luz fijarse en ramos de nervaduras, y darle al iris imágenes persistentes: raíces como relieve; ámbar colgado de espectros que debieron ser árboles; fósiles de aves que solían habitar la selva. Y hasta el fondo del ojo envejecido, agazapada una quimera. Hecha de fragmentos: por delante es un león, por el medio una cabra y, al cabo, una serpiente. A bordo de los ojos la quimera tiene cara de sol crecido en ráfagas. León con hambre, busca otras miradas. A su cuerpo de cabra le gustan las oquedades del ojo, allí cava pequeñas celdillas para guardar la luz. Su cola se alarga ondulante a orillas de la retina y se enrosca en los nervios ópticos. No es el bullicio del mosquito que se estrella en la córnea, y mucho menos el colorido de la mariposa presta a danzar dentro: es una estancia recóndita, solitaria. Entre las finas cavidades del ojo tiene su guarida, persigue haces de luz y come destellos. Por eso muestra varias o una cabeza, o al contrario, sus partes se quiebran en pedazos deformes. Cuando el brillo es intenso, la quimera se vuelve un dragón lanzando fuego. Vive oculta, acecha y aparece sólo cuando su reflejo prende otros ojos marchitos.

## Leviatán

En la habitación crecía una luz dichosa y la hiedra en la pared oriental. De la cerradura manaba la claridad con delicadeza de ojo de agua. En los rincones, favorecidos por los reflejos de las persianas, encontré nidos de minúsculas aves, tal vez colibríes, y muy cerca las gladiolas mostraban sus estambres. No hubo necesidad de asomarme a la ventana para sentir el mar rodeándome, y el cielo era la cercanía más evidente desde el piso 99, de un edificio cuya réplica se levantaba enfrente. Nada faltaba en ese paraíso que el amanecer me dio. Sobre la cama, una pradera cubierta de césped, suspendí mi cuerpo. Descubrí que desde el techo los jazmines desprendían su aroma, y sus ramas a él adheridas formaron un mapamundi. El golpe en la puerta bastó. El monstruo había despertado de su letargo marino, y quería echar mano de su fuerza incomparable. Pero yo resistí sin abrir. A una gran velocidad -entonces- se precipitó contra los muros y cristales del exterior, con su lomo de escudos en hilera, tan pegados que formaban una capa rígida como el acero. De su hocico salían llamas que arrasaron mi oasis y embargaron mi vida. No hubo manera de pedirle un castigo menos severo: su corazón es impenetrable. Así que me lanzó a un surco brillante y vertical, que no era más que el edificio cayendo junto conmigo: el abismo resuelto en hirviente caldera.

*septiembre 11, 2001*

## **El Golem**

Hecho de tierra concentrada, era implacable, de furia seca; y las hojas quedaban en llanto al paso de su hambre. Modulando voces se acercó. La primera tenía reflejos de roca, como si viniera de la montaña. La segunda un timbre de ala, como si hablara desde los castaños. Su tercera voz me nombró cauce, un hueco a rellenar cuando de la cuarta voz brotaban lodo y fuego. Y la quinta voz formó un desierto en la penumbra.

Parecido a una cresta de arena se precipitó salado y neblinoso. Y sus voces eran pliegues de un manto arrollador que absorbe la humedad y se endurece. Informe fuerza dotada de un movimiento perpetuo, vino a vaciarme. Con susurros cayó sobre mi cuerpo, ardiente en sudor, quería mezclarse con mi aliento y enterrarse, quebrarme en astillas y resbalar hasta el fondo. De saliva áspera, no obstante la luz formaba zarzas en mi boca. Y se hundió en mí como una piedra en el agua.

De golpe, comenzó a desmoronarse en delgados hilos. Su cuerpo que antes parecía despedir fuego, se pulverizaba desde los pies. Algo similar a las corrientes de arena, caía rápidamente hasta quebrarse en sombras.

## **La mandrágora**

Cuando por fin te atreves a cortar la mandrágora, esa planta casi animal, humana en su forma, da un grito y se prende a tu piel. Tu corazón se vuelca; ahí la mandrágora crece con su color blanco, con su olor a púrpura intenso. Sus pétalos abren en tu pecho sueños luminosos. Pero su raíz negra trepa lentamente hasta asfixiar a la flor y volverla cicatriz sobre tu pecho solitario, como una butaca que gira en un vagón desierto.

Al cortarla, debiste haber trazado un círculo en la tierra -alejara- porque la mandrágora engendra pasión en todo el cuerpo y su misterio es nocivo y su grito enloquece.



## Fénix

*( homenaje a Julio Torri )*

Iban a fusilarlo. Entonces vislumbró a lo lejos, entre la bruma de las primeras horas de la mañana, la chimenea de una fábrica. Su mirada se detuvo en el humo, y vino a su mente el olor a incienso que en noches de calma encendía en su casa. Ya no pudo escuchar con claridad las órdenes del jefe de escolta –¡Preparen, apunten!-. Se había perdido entre las formas aéreas del incienso que gustaba prender a medianoche. Ahora lo contemplaba agrandado por los fulgores del sol naciente y el humo se expandía por el cielo en proporciones gigantes. Vio subir y curvarse una flor cristalina, que luego no fue sino brotes de ala, y segundos después una danza de aromas: hojas secas trituradas, flores coloridas ante el sol, raíces que repetían sus formas nudosas en el ardor del fuego. Recordó las cenizas abandonadas por la ligereza del vuelo. Y a la voz de ¡fuego! percibió sobre el horizonte un ave crecida, su aleteo giraba en un juego de luz y llama hasta borrar su transparencia. Ya no tuvo ojos para contemplar esa estrella de pluma, ni brillo que acompañara al pájaro de luz.

## **Minotauro**

Cuando perdieron el control de sí los dioses, fui un ser concebido a deshora entre humanos, con la eternidad libre en el cuerpo. Los creadores me estimaron su obra maestra, preservaron su prodigio en el jardín subterráneo con flores blancas y esclavos que refrescaban mi frente. Lánguido profundizaba ensueños.

Después del holocausto, al fugarse, los dioses olvidaron dictar mi destino. Pude salir por rendijas que el polvo fue abriendo. Ahora recorro la locura de ser libre entre el humo de una anterior agonía. Viejo toro sin jaula, invento mi pradera entre las ruinas. Del cielo caen puñados de pájaros mudos. Aglomeración de piedras, todo permanece, descolorida estampa, atravesado por un glacial arpón.

Aún mi mirar fosforece y raya las tinieblas. Continúo siendo luz palpable sobre la desnudez del paraíso.

